



---

## FAVORECER EL TRABAJO POR MEDIO DEL COMERCIO

---

Por Robert B. Zoellick  
The Washington Post  
19 de abril de 2004

A estas alturas el ritual se ha vuelto familiar. La administración Bush concreta un nuevo acuerdo de libre comercio, que logra amplio apoyo de parte de casi todos los sectores de la economía estadounidense. El pacto incluye normas laborales y medioambientales, provisiones para el cumplimiento de la ley que sobrepasan de lejos a los acuerdos comerciales de otros países. Los fabricantes aplauden el acuerdo de comercio porque favorecerá empleos estadounidenses bien pagados y permitirá las exportaciones de Estados Unidos a un mercado importante. Sin embargo, los sindicatos laborales condenan el acuerdo y urgen al Congreso a rechazarlo, alegando que el socio comercial carece de leyes laborales adecuadas.

Hace poco este escenario se repitió otra vez, pero en este caso el acuerdo comercial no era con una democracia en dificultades en América Latina, Medio Oriente o África. Esta vez el supuesto villano de los derechos laborales era, aunque parezca increíble, Australia. Pero se trata de un país que figura por encima de Estados Unidos, y detrás sólo de Noruega, Islandia y Suecia en el Índice de Desarrollo de las Naciones Unidas, una medida amplia del bienestar social y económico.

El episodio muestra la agenda de los que, en número excesivo, usan las normas laborales extranjeras como una excusa para oponerse al comercio. Si Estados Unidos no puede tener libre comercio con un país desarrollado, que paga salarios elevados, como Australia, entonces, ¿con quién podemos comerciar? De hecho, si adoptáramos las normas de los aislacionistas económicos, es difícil saber si incluso podríamos tener comercio interestatal, y mucho menos con cualquier país extranjero.

Su argumento contra el comercio con los países en desarrollo plantea un círculo vicioso: no debemos abrir mercados recíprocamente con países pobres que no tienen las mismas condiciones laborales como las nuestras, a pesar de que el comercio ayudará a superar la pobreza y mejorar la situación laboral. La realidad es que podemos hacer mucho más para mejorar las condiciones laborales y medioambientales al promover el comercio y el crecimiento económico, en lugar de aislar a los países pobres de la economía mundial.

Algunos dicen que respaldan el comercio, pero sólo si nuestros acuerdos de libre comercio incluyen provisiones laborales y medioambientales. Entonces, desconocen el hecho de que la administración Bush está cumpliendo justamente eso. En la orientación bipartidaria recibida del Congreso en la Ley de Comercio 2002 Estados

Unidos tiene una estrategia de tres partes que genera mejoras verificables en los derechos laborales y la protección medioambiental.

Primero, los asociados en nuestros acuerdos de libre comercio deben comprometerse a aplicar efectivamente sus leyes laborales y medioambientales. Este requerimiento cuenta con el respaldo de un proceso novedoso para revisar las disputas y aplicar multas a los países que fallan en el cumplimiento de sus obligaciones. Las multas no solamente son castigos: los fondos se canalizan hacia la solución de los problemas laborales y medioambientales. Estados Unidos es el único país que presiona en favor del cumplimiento de este tipo de provisiones.

Segundo, nosotros trabajamos con países para mejorar las leyes y las prácticas laborales y medioambientales. Durante nuestras negociaciones para el comercio libre Chile reformó el código laboral de la época de Pinochet, de conformidad con las normas internacionales. Al negociar un acuerdo de libre comercio con Marruecos, el gobierno modificó su código laboral y aprobó leyes para combatir la contaminación del aire y reforzar la regulación medioambiental. Durante las negociaciones del Acuerdo de Libre Comercio Estados Unidos-América Central (CAFTA) Guatemala mejoró significativamente la aplicación de sus leyes laborales en las zonas de procesamiento de exportaciones, incluyendo el combate contra la violencia contra los sindicalistas. El CAFTA también estableció un proceso independiente mediante el cual la ciudadanía puede plantear sus preocupaciones sobre los temas medioambientales, para ayudar a establecer sociedades civiles en los países en desarrollo.

Tercero, estamos enfrentando problemas inmediatos de aplicación. Un reciente informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) revela que las leyes laborales centroamericanas generalmente cumplen las normas internacionales. Pero ni las mejores leyes pueden ayudar cuando un país pobre carece de voluntad política o, como es más común, de los recursos para aplicarlas.

La mejor manera de ayudar a que los países en desarrollo puedan aplicar leyes laborales y medioambientales adecuadas es por medio de un esfuerzo de cooperación que se haga endémico. Durante nuestras negociaciones comerciales urgimos a los gobiernos a parear sus intenciones con los recursos. Por ejemplo, El Salvador aumentó en 20 por ciento su presupuesto de aplicación de las leyes laborales y contrató a otros 50 inspectores laborales. Dado que nuestros asociados comerciales más pobres necesitan ayuda, Estados Unidos combina la ayuda exterior con la que procede de las organizaciones no gubernamentales (ONG), bancos multilaterales de desarrollo y las empresas de Estados Unidos. Los proyectos multimillonarios en dólares en Marruecos combaten el trabajo infantil y amplían las posibilidades educativas de la niñez. Un esfuerzo similar en América Central educará a los trabajadores sobre sus derechos legales y promoverá la manera de resolver las disputas laborales. Estamos formando equipos con la comunidad empresarial y con las ONG para mejorar la supervisión de las normas laborales en las fábricas de ropa, en entrenar a funcionarios de aduana para interceptar los embarques de productos elaborados con especies declaradas en peligro de extinción y para favorecer los programas con agricultura orgánica.

Los acuerdos de comercio de Estados Unidos reflejan los valores estadounidenses. La política comercial de la administración Bush favorece el crecimiento económico en el país y en el extranjero, mejorando al mismo tiempo la situación laboral y medioambiental en el exterior. No podemos ceder ante los dictados de los aislacionistas económicos, cuyas cambiantes metas a lo Sísifo, sólo convencen a los

países pobres de que nuestras preocupaciones laborales y medioambientales son un pretexto para cerrarles el paso al mercado estadounidense. Para seguir obteniendo resultados que mejoren la vida en nuestro país y el extranjero, tenemos que tender la mano abierta y no el puño cerrado.